



► 4 Febrero, 2017

DESURIANDO
Manuel Bohórquez
Escritor



Siempre me impresionó la estampa gitana de Antonio Montoya Flores, con sombrero o sin él, el azabache de sus ojos y esa mirada que si no la entendías podía dejarte sin pulso

El sueño de Antonio 'El Farruco'

Siempre que se ha escrito una biografía de Antonio Montoya Flores *El Farruco*, sin duda alguna el bailar gitano más auténtico y genial de la historia de este arte, se han centrado en que su vida estuvo marcada por la tragedia. Hay que decir que no existe aún una biografía completa de este genial bailar, solo pequeñas semblanzas de su vida, algo que no deja de ser sorprendente, dada su grandeza. Quizá sea un personaje demasiado difícil de biografar, precisamente por su azarosa vida, con episodios muy duros en su familia, como las muertes de sus dos primeras esposas, artistas como él, en plena juventud, y la de su hijo en accidente de moto, el primer Farruquito, que fue el golpe más duro que recibió en su vida, tan duro que dejó el flamenco cuando era la máxima figura del baile.

Tardé en acercarme a Farruco, al que idolatraba como artista, precisamente porque me parecía un personaje de un carácter duro. Vivía cerca de donde tuvo su academia, en la barriada sevillana de la Carretera de Su eminencia, y en ocasiones pasaba por la puerta para verlo echado sobre la pequeña barra de bar que tenía en el local. Siempre me impresionó su estampa gitana, con sombrero o sin él, el azabache de sus ojos y esa mirada que si no la entendías podía dejarte sin pulso. Pero una noche mientras presentaba a Juana la del Revuelo en la Peña Flamenca El Chozas, de la citada barriada, observé que entró en el local y que me miró de arriba abajo. Iba vestido de negro, con chaleco sin mangas y una camisa también negra con pequeños lunares blancos. Llevaba sombrero de ala ancha y un bastón o vara. Parecía como escapado de un grabado de Gustavo Doré.

Semanas antes había escrito sobre un espectáculo suyo en el Festival de las Minas la verdad es que no muy bien, porque no me había gustado el montaje, sobre todo la puesta en escena. Como me miraba tan serio, pensé que habría leído la crítica y que quería decirme algo al respecto. Al terminar el recital de Juana, se acercó a mí y me preguntó que si era Manolito Bohórquez, que es como me llamaban en la barriada y también en el flamenco, ya que empecé en esto muy joven. Le respondí que sí y me invitó a salir a la calle, «porque aquí hay demasiada gente», me dijo. «El bastonazo que me va a pegar», pensé. Y esa noche me llevé la sorpresa de mi vida: el genio del baile no quería reñirme, ni partirme el bastón en la cabeza, sino halagarme. «Que sepas que te escucho todas las noches por la radio y quería decirte que eres el único crítico que hay con dos dedos vergüenza».

Solté el aire de golpe, se me aflojaron las piernas y esa misma noche nació una amistad que duró hasta su muerte, en diciembre de 1997. Empecé a ir a su academia y tuve con él muchas conversaciones, en las que descubrí el gran hombre que había debajo de su sombrero y detrás de aquella mirada que te atravesaba. Era un gitano muy fiel a las leyes y costumbres de su pueblo, absolutamente insobornable, intransigente cuando había que serlo y abierto cuando entendía que tenía que estar con los nuevos tiempos. Al tratarlo más de cerca, descubrí también que era un hom-



//
Solté el aire de golpe, se me aflojaron las piernas y esa misma noche nació una amistad que duró hasta su muerte, en diciembre de 1997

bre de una gran sensibilidad, capaz de emocionarse con alguna frase que le gustara, una letra por soleá, una pintura, un paisaje del campo o la estampa de un caballo, uno de sus animales preferidos.

Me gustaba ver cómo miraba a su nieto Juan Manuel Fernández Montoya, *Farruquito*, cuando pulía sus primeros movimientos en la academia con solo seis o siete años de edad. Veía en él al mejor depositario de su escuela, el heredero de su legado. Era su obra, una vez que sus hijas, La Faraona y La Farruca habían asimilado ya su estilo y luchaban por conservarlo y difundirlo. Alguien muy cercano al maestro me dijo que veía en Farruquito al hijo que perdió en aquel fatal accidente de 1974, que dicen que era también un genio del baile. Luego llegaron más nietos, vástagos de La Farruca y El Moreno, que fueron El Farru y El Carpeta. Y El Barullo, hijo de Pilar Montoya Manzano *La Faraona*, desaparecida en marzo de 2015, que era la viva estampa de su padre y una bailaora colosal.

Antonio *El Farruco* era también hijo de una bailaora, La Farruca, de ahí su apodo artístico. Nació por casualidad en la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón, el 18 de abril de 1935. Un hermano de su padre, Manuel Montoya, era guitarrista, así que Farruco nació en el seno de una familia de artistas gitanos. Pero independientemente de que naciera en una casa de artistas, vino al mundo con el don del arte, es algo que traía dentro cuando lo parió su madre. Tuvo que pu-

lirse y lo hizo junto a genios del baile, del canto y de la guitarra, en compañías, tablaos y fiestas. Se casó la primera vez siendo apenas un adolescente, con Pastora Amaya, cantaora y bailaora que murió en un terrible accidente, cuando el coche en el que viajaba fue arrollado por un tren en Los Santos de Maimona (Badajoz), camino de Sevilla. Luego se unió a la gran cantaora malagueña Enriqueta Reyes Porras *La Repompa*, que falleció de peritonitis el 6 de mayo de 1959, con solo 21 años.

Toda una vida dedicada al baile, siendo un genio reconocido en todo el mundo. Dejó una escuela que no solo siguieron sus hijas Pilar y Rosario -esta última es de las mejores bailaoras de la actualidad-, sino sus nietos ya citados y todo aquel bailar o aquella bailaora que aman la enjundia jonda, el baile gitano más clásico. Todos los que siguen esa escuela son fieles al estilo del maestro, pero sus nietos, los cuatro, son los más fieles. Es admirable cómo luchan, con Farruquito como el nuevo patriarca de la familia, para que no se pierda esa manera única de entender el baile gitano, la de Farruco, que sigue vivo gracias a ellos y a Rosario Montoya Manzano, *La Farruca*, quien vela por la unión de todos.

Una nieta del maestro, Saray Montoya, diñeñadora sevillana, quiere llevar su vida al cine, la de un bailar que era capaz de en un segundo, en un quiebro o en una *pataita*, meter las dichas y desdichas de toda su especie. En diciembre hará veintisiete años que se fue, y aún vive. Su sueño se hizo realidad. ■